

REALIDAD VIRTUAL

# Carne y arena: tan lejos, tan cerca



FERNANDA  
SOLÓRZANO

Alguien inmerso en una experiencia de realidad virtual (RV) reacciona a alucinaciones, no a las causadas por un cambio químico, pero de igual intensidad. Y, a diferencia de aquel que sufre un trastorno psiquiátrico, el visitante a un mundo de RV sabe en todo momento que sus sentidos están siendo burlados. Esta conciencia, sin embargo, no es de mucha utilidad.

Para muestra, la instalación *Carne y arena*, creada por el director Alejandro González Iñárritu y el fotógrafo Emmanuel Lubezki. Situada

en el desierto entre México y Estados Unidos, recrea el momento en que un grupo de inmigrantes es capturado por agentes de la policía fronteriza. Colegas y amigos la visitaron en el pasado festival de Cannes, donde tuvo su estreno en abril. Incluso los que se jactan de *duros* dijeron sentirse afectados por el realismo de la situación. Desde octubre del año pasado la instalación se exhibe en el Centro Cultural Universitario de Tlatelolco. Asistí con la intención de hacer que mi cerebro resistiera el engaño. *Yo no voy a esconderme de patrullas que no existen*, me dije antes de entrar. Al salir vi que tenía las rodillas manchadas de arena rojiza. No sé cuándo pasó, ni por qué.

Mucha de la atención que ha recibido *Carne y arena* podría atribuirse a su agenda humanista. La medida de su aportación, sin embargo, es mucho más contundente: no hay otra experiencia de RV en el mundo que, a nivel tecnológico, se le compare. (No en el mundo del entretenimiento; no al alcance de cualquiera.) Hay instalaciones creativas y sofisticadas pero ninguna permite al usuario unirse como personaje a una escena de ficción. Esta es también la razón detrás del Óscar especial que la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas otorgó el 11 de noviembre a González Iñárritu. (Algunos dirán que el Hollywood liberal hará todo por contrariar a Trump, pese a que esa misma Academia fue indiferente a *Desierto*, de Jonás Cuarón.) Considérese, a la vez, que el último Óscar equivalente fue entregado a John Lasseter, fundador de Pixar, por crear la primera película de animación por computadora. De esto hace veintidós años.

*Carne y arena* no es una película. Tampoco es una pieza de ar-

te contemporáneo, aunque este sea su referente inmediato. En ella intersecan ambas formas de creación, aunque reta las convenciones de una y otra. Parte de la vivencia es observar en uno mismo el desconcierto ante un nuevo género. Mi visita estuvo impregnada de un sentimiento de inadecuación —algo que, a estas alturas, jamás me provocaría una sala de cine.

Yo era la única persona en la amplia explanada del foro. Esto hizo más imponente la vista del muro que “recibe” a los visitantes (un trozo de la cerca fronteriza en Arizona, ha-

tos; sus dueños apenas tendrían edad para caminar. Por fin sonó la alarma: un foco rojo e intermitente que emitía un ruido espantoso. El signo más claro de infracción y castigo.

Dentro del espacio en el que ocurre la experiencia dos operadores me colocaron el equipo: visor, audífonos y *backpack*. (Esto último, un *prop* para atravesar el desierto, pero también lo que permite a los operadores tirar de una cuerda cada vez que uno está a punto de estrellarse contra la pared.) Lo que sigue es, literalmente, imposible de describir. Podría hablar de la atmósfe-

que provoca ser algo a medio camino entre personaje y espectador. A diferencia de la RV donde el usuario adquiere los atributos de un avatar, quien participa en *Carne y arena* lo hace con su propio cuerpo y sin renunciar a su identidad. Se ve acompañado de humanos virtuales, a escala natural, quienes, sin embargo, no le hablan ni interactúan con él (salvo en el instante final de la escena, un prodigio tecnológico). Que el resto de los personajes no reconozcan al visitante obedece a las limitaciones —por así llamarlas— que aún presenta esta tecnología. La ironía es que esa “falla” potencia el efecto que, uno supone, busca el director. Al ser invisible para el resto, el usuario reconoce su ventaja social. Es muy poco probable que antes de su experiencia en *Carne y arena* una persona cualquiera se haya sentido tan “cerca” de migrantes acorralados. Y aun así, se sabe a salvo. Durante mi experiencia, la sensación simultánea de proximidad y distancia acentuaba la incomodidad. Evitaba mirar a los migrantes de frente; me sentía intrusa en su tragedia, incapaz de ayudar.

*Carne y arena* transgrede de forma drástica los límites de la representación. Esto es evidente, aunque es solo la premisa de un debate de vértigo. Si en los relatos cinematográficos se habla de la ética del cineasta (sugerida por su puesta en cámara), en las experiencias de RV será válido discutir la ética del espectador (sugerida por el lugar desde el cual participa). Será una reflexión personal. El visitante de *Carne y arena* puede observar en retrospectiva su rol dentro de la escena: sus reacciones espontáneas, su perspectiva física y emocional. Quizá lo lleve a reconsiderar el rol que juega en la realidad no virtual. —

**FERNANDA SOLÓRZANO** es ensayista. Participa en el programa radiofónico *Atando cabos* y mantiene en *Letras Libres* la videocolumna *Cine aparte*. Recientemente publicó en *Taurus Misterios de la sala oscura*.

---

Asistí con la intención de hacer que mi cerebro resistiera el engaño. Al salir vi que tenía las rodillas manchadas de arena rojiza. No sé cuándo pasó, ni por qué.

---

ce poco reemplazada por un muro de concreto). Tras dejar mis pertenencias en un casillero, entré a la antesala donde se puede leer el manifiesto del director. En él se explica que González Iñárritu escuchó testimonios de migrantes a lo largo de años, y que unos aceptaron ser el modelo real de los que aparecen en *Carne y arena*. A ellos —dice el texto— acompañaríamos durante los seis minutos y medio que dura la instalación. La siguiente sala era un espacio inhóspito: muros grises, luz blanca y temperatura baja (que, me enteraría luego, simulan en menor grado las condiciones de los *freezers*: cuartos donde los migrantes detenidos permanecen horas). Un letrero me ordenó dejar mis zapatos y esperar a que una alarma me indicara el momento de entrar a la instalación. En el perímetro, sobre el suelo, había decenas de zapatos desgastados (algunos encontrados en botes de basura de centros de detención y otros a lo largo del desierto de Arizona). Me sorprendió cuántos de ellos eran disminu-



#### CARNE Y ARENA

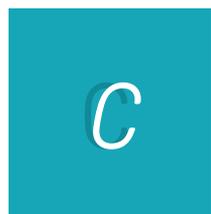
podrá verse en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco. Planea tu visita en [carneyarenatlatelolco.com](http://carneyarenatlatelolco.com)

ra ominosa y crepuscular creada por Emmanuel Lubezki. Podría también describir personajes, así como referir un relato con cronología demarcada y lineal. Pero estos solo serían elementos de una narrativa mayor: la que escribe, dirige y protagoniza cada persona que experimenta la escena. En teoría, el visitante pertenece al grupo de migrantes; en la práctica, difícilmente es así. Puede colocarse en el lugar que desee, al lado de cualquier personaje, cerca o a la distancia. Cada perspectiva da lugar a un relato distinto. A diferencia del cine, no hay una puesta en cámara que condicione la interpretación.

La sensación de habitar un espacio imaginario es apabullante: lo más cercano a un *tour* en condiciones seguras a un estado de psicosis. Pero aún más perturbador que esto es el sentimiento de dislocación

## HISTORIA

# Jaliscienses eminentes



**ENRIQUE  
KRAUZE**

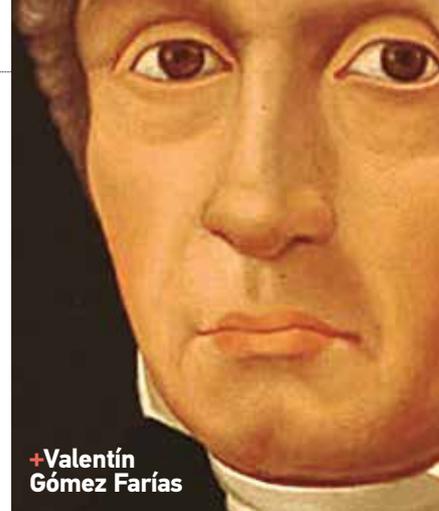
Como hombre de letras que ha querido servir a la cultura de México, me siento profundamente honrado por recibir el doctorado honoris causa de la Universidad de Guadalajara. Honrado, en primer lugar, porque la institución académica que lo otorga es una de las más nobles y antiguas, pero también de las más dinámicas y creativas de nuestro país. Honrado, asimismo, por recibirlo en este santuario de México que es el Paraninfo donde José Clemente Orozco, cuya vida y obra refleja el frenesí de la Revolución mexicana, transformó ese mismo frenesí en la lúcida ira de los frescos que nos contemplan. Y honrado, finalmente, porque recibo la alta distinción en Guadalajara que, en más de un sentido, es la capital cultural de México.

“México es doscientos Méxicos”, decía mi maestro Luis González y González, padre fundador de la microhistoria mexicana. Entre esos Méxicos quizá ninguno supera en densidad cultural a Jalisco. Pintores, poetas, novelistas, editores, cuentistas, filólogos, filósofos, arquitectos, historiadores, bibliófilos, la lista es interminable. Jalisco merece que se difunda ampliamente el inmenso aporte de su cultura al crisol mexicano. Por fortuna, mi colega y amigo José María Muriá ha dirigido la magna *Historia de Jalisco* en seis tomos que es la base para una futura labor de difusión.

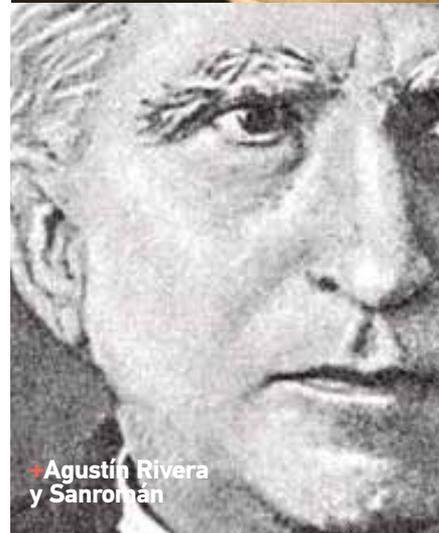
En un ensayo que escribí sobre Juan Soriano —jalisciense eminente— hice alusión a su faceta de retratista, sobre la cual confesó alguna vez: “Los pinté a todos. Retratarlos era conocerlos y conocerlos era conocerme a mí mismo, descubrir el mundo al que yo quería pertenecer.” Es verdad, los pinté a todos y a todas. Pero esa búsqueda

era a su vez un viaje de ida y vuelta en el que, como un espejo, el retratista podría encontrarse a sí mismo. Algo similar le ocurre al biógrafo, retratista de la prosa. Al contemplar la galería de personajes jaliscienses, quisiera tener siete vidas para escribir las biografías de todos y todas. Pero debo conformarme con dibujar siete retratos de jaliscienses que han pasado por las aulas de esta Universidad de Guadalajara en sus tres etapas históricas. Son rapidísimos esbozos a lápiz. Sobre la mayoría he escrito algún pasaje, una reflexión, algún ensayo. No los he elegido al azar. Los he elegido porque encarnan valores a los que he procurado servir en mi trabajo de historiador, ensayista y editor.

El primer personaje es Valentín Gómez Farías (1781-1858). Nacido en Guadalajara, se graduó en medicina por la misma Real y Pontificia Universidad de Guadalajara en 1807, donde fue profesor. En 1833, asesorado por José María Luis Mora, Gómez Farías introdujo, por primera vez, un conjunto de reformas contra los privilegios corporativos —económicos, jurídicos, políticos, educativos— de la Iglesia: libertad absoluta de opiniones, supresión de instituciones monásticas y de todas las leyes que conferían al clero conocimiento de negocios civiles, supresión de la coacción civil en el pago de diezmos, fin al monopolio educativo clerical, etcétera. Esas reformas, como se sabe, tuvieron que esperar el advenimiento de las Leyes de Reforma para plasmarse en la Constitución de 1857 y hacerse efectivas. Gómez Farías tuvo un desempeño digno y valiente por la presidencia de México durante los meses más álgidos de la invasión estadounidense. Su enfrentamiento con la Iglesia (cuyo aporte económico para la guerra le parecía imprescindible) provocó la famosa rebelión de los Polkos y le valió el injusto mote de “Gómez Furias”. No obstante, Gómez Farías (como todos los liberales, con la sola excepción



→ Valentín  
Gómez Farías



→ Agustín Rivera  
y Sanromán



→ Mariano  
Otero

de Ignacio Ramírez y acaso de Melchor Ocampo) creía en la compatibilidad del liberalismo y el cristianismo. Por eso, como decano del liberalismo mexicano, fue elegido para presidir la jura de la Constitución de 1857. Y aunque lo hizo ante un crucifijo, en aquel tiempo de polarización e intolerancia, su cristianismo liberal, su liberalismo cristiano, no fue entendido. Gómez Farías

murió sin derecho a la extremaunción y fue enterrado en el jardín de su casa de Mixcoac, frente a la parroquia de Guadalupe, vecina a la que años más tarde habitaría Ireneo Paz con su familia y su nieto Octavio. Hoy, como se sabe, la casa de don Valentín aloja –justicia poética– al Instituto Mora, que en su misión hermana a aquellos padres cristianos del liberalismo mexicano.

Durante el siguiente período histórico de la Universidad de Guadalajara, pasó por sus aulas Mariano Otero (1817-1850), jurista y sociólogo cuyo bicentenario celebramos recientemente. Nacido en Guadalajara, recibió el título de bachiller en derecho civil por la Universidad de Guadalajara en 1835. De joven escribió biografías sobre presbíteros jaliscienses que fueron su ejemplo. En el año de 1847 se colocó en las antipodas de Gómez Farías. Liberal moderado, se opuso a la exigencia económica del gobierno a la Iglesia y simpatizó –como su amigo Guillermo Prieto– con la revuelta de los Polkos. Ese acto y sus intervenciones en el Congreso no respondían a un capricho. Otero sentía que la Iglesia representaba un baluarte de identidad y tradición que debía respetarse. No negaba la necesidad de acotar la presencia del clero en la vida económica, política y social del país, pero defendía el lugar histórico y moral de la fe cristiana. En cualquier caso, al sobrevenir la derrota, Otero (ya célebre por sus aportes a las garantías individuales y el conocimiento social del país) se opuso a la firma del inminente Tratado de Guadalupe, que consideraba apresurado e indigno. Muerto prematuramente a los 33 años, el aporte mayor de Otero fue vincular, con un espíritu de moderación, la libertad individual con el amor a la tradición. Fue el precursor de un patriotismo abierto y generoso, no de un nacionalismo vano y violento. De haber sobrevivido, acaso México habría tenido una Reforma menos dolorosa, más tolerante que la que finalmente ocurrió.

El tercer personaje fue José María Vigil (1829-1909). Nacido en Guadalajara, estudió leyes en esta uni-

versidad. Aunque no concluyó su ciclo por dedicarse al periodismo, es, sin la menor duda, uno de los jaliscienses más eminentes pero también, por desgracia, más olvidados. Admirable editor, polemista, ensayista, periodista, bibliófilo, historiador y crítico literario (además de diputado y magistrado), fue el principal defensor del liberalismo original de la Reforma, frente a la ortodoxia positivista de la joven generación intelectual encabezada por Justo Sierra. Como explica Charles Hale, la célebre polémica de Vigil con los jóvenes positivistas partió del ámbito de la política constitucional y derivó hacia otras esferas: la filosofía de la educación superior –sus escuelas y sus libros de texto–, la política económica y de colonización, el destino de los indios, las nociones de atraso y de progreso y, en general, el concepto mismo de la vida en sociedad. “Positivismo y liberalismo –decía Vigil– son términos que se contraponen.” Para Vigil, el positivismo conducía al escepticismo, el materialismo, el egoísmo, el despotismo y, señaladamente, al ateísmo. Vigil es el autor del tomo v de *México a través de los siglos*, dedicado justamente a la Guerra de Reforma. Su acercamiento a ese período eje de la historia mexicana es ponderado, informado, objetivo. Entre líneas se insinúa el liberal moderado (no jacobino) que lamenta la obstinación de la Iglesia en tiempos de Pío IX, empeñada en impedir en México una reforma pausada y concertada, que en muchos países de Europa era un hecho consumado. Murió en la víspera de la Revolución, cuando la idea liberal (que creía muerta tras el fin de su diario, *El Monitor Republicano*, a fines del siglo XIX) renacía con Francisco I. Madero.

Ningún recuento de personajes ilustres que estudiaron en la Universidad de Guadalajara puede prescindir del gran constituyente de 1857 y gobernador de Jalisco Ignacio L. Vallarta (1830-1893). Nacido en esta capital, se tituló de abogado en 1854. En su juventud, escribió sobre los *Pensamientos* de Blaise Pascal y el *Libro de Job*, obras que reflejan, se-

gún Antonio Gómez Robledo, “la mentalidad trágica del cristiano de aquella época”. Antes de su recepción profesional en 1855, se desempeñó como defensor de pobres y presos. En su *Borrador de la Disertación presentada en la cátedra de derecho civil* en 1850, sostuvo un concepto eminentemente cristiano del matrimonio y la familia, que años más tarde, perseguido junto a Juárez durante la Intervención Francesa, reafirmó en una carta a su esposa: “Sumido en mi dolor, pedí a Dios fervientemente que bendijera aquel buque que llevó mi tesoro: quiera el cielo bendecir nuestra familia y poner un hasta aquí a nuestras desgracias” (9 de enero de 1865). Hoy quiero recordarlo también por su papel como ministro de Relaciones en el primer período de Porfirio Díaz. Estados Unidos condicionó el reconocimiento del nuevo gobierno a la solución de viejas querellas pendientes. Díaz y Vallarta se enfrascaron en un duelo de sagacidad diplomática con el vecino, del cual no solo obtuvieron el reconocimiento sino una victoria total. Otro momento estelar de Vallarta –además de sus aportes al juicio de amparo y sus memorables votos particulares– fue la modificación del sistema de sustitución del presidente de la república. Se preveía que el sucesor fuera el presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Como su presidente (pudiendo haber sido él mismo beneficiario de esa norma), Vallarta se opuso a “urdir intrigas para su plantar al presidente de la república”. Convenía instaurar una vicepresidencia para librar al poder judicial de las ambiciones políticas y consagrarlo por entero a velar por la constitucionalidad y las garantías individuales. Por lo que hace a su fe, según Gómez Robledo, Vallarta era un liberal de misa diaria.

Mi quinto personaje es muy distinto. Se trata de Agustín Rivera y Sanromán (1824-1916). Nacido en Lagos de Moreno, fue abogado por la Universidad de Guadalajara donde se tituló en 1848 (mismo año en que se ordenó sacerdote). Excéntrico y heterodoxo, escribió una obra voluminosa

(*Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y sobre la revolución de Independencia*) en la que criticaba por igual la *Historia* de Alamán y “las exageraciones y falsedades del padre Las Casas”. Su momento de gloria (y condena) llegó el 6 de octubre de 1910 cuando, por invitación de Justo Sierra, fue el orador de “la Apoteosis de los héroes”: “Era necesario que fuera sellada con la sangre de Hidalgo la gran verdad, el grande adelanto de la civilización con la Independencia de México.” El sacerdote de la Iglesia rendía así su tributo a la patria liberal. El padre Rivera murió sin retractarse del discurso de 1910, como las autoridades eclesiásticas se lo pedían. Representaba la reconciliación de los pasados de México.

Continúa mi elenco Antonio Gómez Robledo (1908-1994). Nacido en Guadalajara, en 1930 obtuvo su licenciatura en derecho en la tercera época, la actual, de la Universidad de Guadalajara. Fue —con plenitud— filósofo, jurista, diplomático, profesor, historiador, ensayista y traductor. Su cultura abarcaba el mundo clásico, la escolástica y el Renacimiento. Lo conocí fugazmente. Tenía el cabello blanco, la mirada irónica y adusta, una evidente gravedad intelectual. Don Antonio representa el cenit del pensamiento católico mexicano del siglo xx, pero su catolicismo no era doctrinario sino abierto al mundo clásico y a la libertad. Había sido amigo de Anacleto González Flores, tras cuyo asesinato corrió riesgos de vida y tuvo que huir a la capital. Años más tarde escribió una biografía de aquel líder notable. Fue amigo también de Efraín González Luna, cofundador del PAN, y del padre Octaviano Valdés. Su inspiración cristiana es la fuente de su obra sobre san Agustín, pero en *Política de Vitoria* (1940) esa inspiración reivindica el mensaje específico de libertad y justicia en la filosofía de aquel dominico fundador del derecho internacional. Esa huella de Vitoria se refleja en sus numerosas obras sobre la política exterior mexicana, des-

de su evocación de Vallarta hasta sus defensas de México ante el acoso imperial de Estados Unidos. Vale la pena releerlas en la era de barbarie que vivimos. Sus obras están recogidas por El Colegio Nacional, institución de la que fue miembro.

Cierra el desfile José Luis Martínez (1918-2007), nacido en Atoyac y graduado de bachiller en esta universidad en 1937. Historiador, biógrafo, editor, diplomático, ensayista, crítico, bibliófilo, su amor por los libros nació el día en que, de niño, visitando a su padrino en Amacueca, este le regaló un tomo muy antiguo de san Juan de la Cruz. Según Gabriel Zaid, José Luis fue “el curador de las letras mexicanas”. El título es perfecto no solo por su recuperación de nuestra literatura plasmada en sus libros, historias, biografías y ediciones (que abarcan desde Netzahualcōyotl hasta el final del siglo xx), sino por su biblioteca. Su biblioteca personal fue una de sus obras magnas, quizá la mayor, porque, a diferencia de todos los acervos —algunos muy numerosos o apreciables— que se llegaron a formar en el siglo xx, la suya estaba construida, no como una agregación de obras valiosas, sino como una arquitectura editorial. No es una biblioteca de incunables —aunque contiene obras valiosísimas y raras—. Es una biblioteca de colecciones, de conjuntos que José Luis fue integrando con infinita paciencia a lo largo de siete décadas para servir, en el mejor espíritu de educación vasconceliano (es decir, cristiano universal), al lector interesado en la literatura, la historia y la historia literaria. ¿Cómo explicar semejante vocación?, me pregunté en un ensayo sobre su vida. Quizá la religiosidad específica de Jalisco (celosa de su autonomía, arraigada en sus tradiciones) comenzó a transferirse en algún momento del siglo xix a la vida secular, impregnando la cultura y sus vehículos específicos, los libros, de un carácter sacramental. No parecen explicarse de otro modo las excelentes bibliotecas particulares y las buenas librerías que José Luis frecuentaba en su juventud. En este sen-

tido, su bibliofilia fue una devoción y su biblioteca un santuario. En sus años postreros, se definía como “un cristiano frío”. No lo era tanto: en un acto de buena fe, quiso bautizar la nueva sede de la Academia Mexicana de la Lengua, pero las furias jacobinas se lo impidieron. Conservó el librito de san Juan de la Cruz en su biblioteca.

Las siete vidas que he evocado nacieron en las aulas de la Universidad de Guadalajara. Al dibujarlas, he querido resaltar sus coincidencias: son hombres de instituciones y de leyes, escritores prolíficos casi todos, personas de varias vocaciones orientadas al bien común. Escribieron historia e hicieron historia. Amaron a su patria chica y a la patria grande, pero se abrieron a la cultura universal. Y con diversos matices y templos distintos, fueron liberales. Inspiraron parte del cuerpo constitucional e institucional que aún nos sostiene.

He puesto énfasis en el carácter liberal y cristiano, específicamente católico, de los siete personajes, porque la polémica central del siglo xix, que costó mucho sufrimiento, se dio entre esas corrientes profundas del alma mexicana. No eran incompatibles. Pudo haber florecido un liberalismo católico. Pudo haber muchos lores Acton mexicanos. El odio y la intolerancia de ambas partes cegó la posibilidad que representaban esos jaliscienses, y muchos más que por razones de espacio no he mencionado. En ellos resonaba un eco del humanismo cristiano de Erasmo de Róterdam. Un ascenso espiritual a través de los libros y el sacerdocio de la cultura.

Quiero pensar que el legado cultural y político de esos personajes sigue vigente. ¡Cómo me gustaría estar a la altura de ese legado! A sabidas de que no lo estoy, recibo con humildad y gratitud este doctorado de la Universidad de Guadalajara. —

*Versión del discurso al recibir el doctorado honoris causa de la Universidad de Guadalajara el 27 de noviembre de 2017.*

**ENRIQUE KRAUZE** es historiador, ensayista y editor. Tusquets publicó recientemente la edición definitiva de *Biografía del poder*.



LITERATURA

# Oír voces (y escribirlas)

RODRIGO  
FRESÁN

no se la pasa oyendo voces. Las voces que nos llegan mientras flotamos en el materno líquido amniótico durante nueve meses.

Las voces de padres y maestros. La voz del primer y fugaz amor y la voz de los hijos para siempre. La voz detestada del jefe. La impiadosa o consoladora voz propia, y oscura en las noches de insomnio. La voz de ese médico que nos dice “hay algo aquí que no me gusta”. La voz con la que decimos nuestras últimas palabras, seguramente tanto más banales que todas esas más bien dudosas “famosas últimas palabras” de famosos en las últimas y que, en la mayoría de los casos, son fantasías de los testigos de sus muertes. (Ejemplo y paradigma: el “¡Luz! ¡Más luz!” de Johann Wolfgang von Goethe conveniente y trascendentalmente transcrito por sus biógrafos a partir de un tanto más mundano y menos lírico “Abren la segunda persiana para que entre más luz, por favor”.)

Todas esas y tantas otras voces que andan sueltas por ahí en días y tardes y noches en los que (cortesía de la proliferación de *mobile phones* con audífo-

nos) ya no es signo de locura sino signo de los tiempos el ir hablando solo y agitando los brazos por las calles. El hablar con uno mismo (que los antiguos griegos relacionaron con el hablar en privado con los dioses para recibir instrucciones o desobedecer mandatos; de esta creencia se ocupa el reciente y muy interesante ensayo/investigación/*memoir* *The voices within. The history and science of how we talk to ourselves*, del psicólogo y novelista Charles Fernyhough) es ahora hablar con cualquier mortal, cada vez con dicción y elocuencia más distantes y desde más de lejos, muchas más veces y con menos ganas y necesidad real de comunicar algo que cuando los teléfonos no salían de la sala o, en el peor de los casos, del dormitorio.

Pensaba en esto días atrás cuando leía en tándem dos biografías publicadas no hace mucho. La primera se ocupa de un artista que hizo época (*David Bowie. A life* de Dylan Jones) y la segunda de una época que hizo artistas (*Meet me in the bathroom. Rebirth and rock and roll in New York City 2001-2011* de Lizzy Goodman). En ocasiones, los libros se saludan de un escenario a otro insistiendo en uno de los modales clave del movimiento: la adicción a reinventarse una y otra vez para ser alguien o algo, para trascender a su tiem-

po. En lo formal, ambas tienen algo en común: pertenecen a ese cada vez más funcional y gratificante género que es la biografía oral/coral. Intimidación instantánea, inmersión sin prolegómenos; y tal vez de ahí que en Amazon se ofrecen varios manuales de uso para aplicar el género a la propia vida y a la de familiares y, seguro, tener graves problemas durante las fiestas findeañeras.

A saber: muchos hablan mucho y alguien graba y toma nota primero y transcribe después. Así, la mareante pero a la vez iluminadora sensación/percepción de estar metido en alguno de aquellos filmes de Robert Altman (quien ha protagonizado una muy buena biografía parlanchina ordenada por Mitchell Zuckoff) o en alguna de estas series de TV de Aaron Sorkin. Y de acuerdo: ahí siguen estando las *memoirs* imprecisas como las de Bob Dylan o Patti Smith y siempre habrá tiempo para regresar a alguna de esas más tradicionales y exhaustivas investigaciones en plan CSI (en mi caso y en mi biblioteca, el Henry James de Leon Edel, el James Joyce de Richard Ellmann, la Virginia Woolf de Hermione Lee, el Saul Bellow de James Atlas, el Malcolm Lowry de Gordon Bowker, el John Cheever de Blake Bailey y todos esos Hemingway y Fitzgerald a cargo de demasiados). Pero, de tanto en tanto, una buena biografía oral limpia el paladar con las voces de segundos y terceros en discordia y concordia. Y es una pena (o tal vez esto dice algo o mucho de la cautela y el pudor del hispanoparlante) que no abunden muchos especímenes en nuestro idioma. Seguro que me olvido de alguno, pero tan solo me vienen a la memoria ese magno monumento *à deux* que es el *Borges* de Adolfo Bioy Casares y la recopilación de testimonios que hizo Patricio Zunini para el breve pero muy nutritivo *Fogwill, una memoria coral*.

El mundo del rock and roll y del espectáculo y sus alrededores sin frontera, con todas sus locuaces drogas y su sexo rapaz, es especialmente indicado para el desgrane de anécdotas (en mis estantes de aquí al lado

tengo panoramas de Seattle y del punk, radiografías de Warren Zevon y The Replacements, de Hunter S. Thompson y de Lester Bangs, y de los programas de televisión *Saturday Night Live* y *Twin Peaks*) e indiscreciones a discreción. Allí, de algún modo, todo es muy *off* pero *for the record*. Y no es casual que tal vez no la piedra fundante de la percepción/audición moderna del asunto pero sí la joya fundacional tenga por tema y persona a un ícono secundario pero apasionante del Mondo Pop. En 1982 Jean Stein —con edición del ubicuo *cult man* George Plimpton— publicó el *bestseller* *Edie* escuchando la triste saga de Edie Sedgwick: chica rica devenida musa-*star* descartable de Andy Warhol, la “Just like a woman” de Bob Dylan, la “Femme fatale” de Lou Reed, autodestructora *fast-forward* y muerta precoz. Antes, Stein había utilizado el procedimiento en otro libro siguiendo las voces al costado de las vías del funeral ferrocarrilero de Robert F. Kennedy. Y en su bellísima juventud había entrevistado a William Faulkner (con quien tuvo un *affaire*) para *The Paris Review*. Pero con *Edie* dio en el blanco y abrió la puerta para que otros salieran a jugar (el propio Plimpton publicó en 1998 *Truman Capote. In which various friends, enemies, acquaintances and detractors recall his turbulent career* y hasta consiguió su propio coro *post mortem* *George, being George. George Plimpton's life as told, admired, deplored, and envied by 200 friends, relatives, lovers, acquaintances, rivals—and a few unappreciative observers* orquestado por Nelson W. Aldrich, Jr. en 2008). Y el recurso, de tanto en tanto, hasta asoma la cabeza en novelas como *Boy wonder* de James Robert Baker o *Rant* de Chuck Palahniuk.

Poco antes de saltar desde lo más alto de un edificio de Manhattan, a principios del año pasado y a sus 83, Stein había eculizado a un último conjunto de voces en *West of Eden. An American place*, que será publicado por Anagrama este año. Allí Stein —hija de magnates de la industria del

espectáculo de Hollywood— remonta los ascensos y caídas de varias dinastías de Los Ángeles con figuras invitadas del calibre de Joan Didion, Gore Vidal, Arthur Miller y Dennis Hopper soltando sus lenguas.

En una entrevista de 1990 Stein explicó así su *modus operandi*: “A mí me interesa mucho el efecto de varios mundos diferentes chocando entre sí. Abarcarlo todo. Que cada una de las personas te esté hablando solo a ti en una habitación que contiene multitudes.” *The New York Times* definió lo suyo como “lo más cerca que jamás estaremos de la verdadera historia de cualquier cosa”.

Tal vez semejante responsabilidad, con el paso del tiempo y la fatiga de materiales, hizo que ese constante clamor acabase ensordeciendo a la millonaria Stein. Y la hundiese en bien documentadas y abismales depresiones hasta que una mañana decidió abrir una ventana de su elegante *penthouse* en el Upper East Side de Manhattan. ¿Habrá dicho algo Stein en su caída? Me gusta pensar que su última palabra fue: “Silencio.” Y me agrada el que no hubiese nadie cayendo a su lado para dejarla y mentirla por escrito. (Queda, sí, el escueto y muy poco jeansteiniano testimonio del portero del 10 de Gracie Square precisando que “era una persona muy agradable”; no trascendió, en cambio, la opinión de sus hijas —a las que arregló con algunas joyas y primeras ediciones— al enterarse de que casi la totalidad de los 38 millones de dólares de su herencia había sido legada a diferentes fundaciones y al Whitney Museum.) Porque, claro, no hay nada más tentador que asegurar que se oyó algo histórico. Mi ejemplo favorito del síntoma es el de Pancho Villa, quien —aunque acribillado por trece balas *dumdum* y muerto en el acto— tuvo, dicen, un último aliento para decir: “No me dejen morir así; digan que dije algo.”

Pues eso. —

**RODRIGO FRESÁN** (Buenos Aires, 1963) es escritor. En 2017 publicó *La parte soñada* (Literatura Random House).

AGENDA

# ENERO

## ARTES ESCÉNICAS CRUELDAD INFANTIL

Cuando un niño de trece años declara que nada en la vida tiene sentido, sus compañeros se vuelcan en el intento —a veces conmovedor y otras perturbador— de demostrarle lo contrario. Basada en la novela homónima de la danesa Janne Teller, *Nada* se presentará en el Teatro Santa Catarina entre el 18 de enero y el 18 de febrero.



## ARTES VISUALES ARTE TEÑIDO DE ROJO

Con la curaduría del historiador del arte Georges Roque, *Rojo mexicano* muestra la importancia del pigmento obtenido de la grana cochinilla mexicana en la pintura europea, los documentos novohispanos y los textiles. La exposición podrá verse en el Museo del Palacio de Bellas Artes hasta el 4 de febrero.

## ARTES VISUALES MEXICAN (IN)DOCUMENTADO

Entre lo pocho y lo chicano, el performancero Guillermo Gómez-Peña explora la identidad fluida que distingue a la posmodernidad. *Mexican (in)documentado* es la primera exposición individual de su trabajo y estará abierta al público hasta el 22 de abril en el Museo de Arte Moderno.



## MÚSICA THE NATIONAL, DE GIRA

Después del lanzamiento de su séptimo álbum de estudio, *Sleep well beast*, la banda de rock alternativo oriunda de Ohio estará presentándose en nuestro país. La cita es el 23 de enero de 2018 en el Pepsi Center wtc.



## CIENCIA

# Antropoceno: 1492



LUIS FELIPE  
LOMELI

Es la época en que vivimos. Es cultura popular. Es buenísima idea. Es un concepto redundante. Es ciencia. Es política, sobre todo, política.

Vayamos a algunos números: la palabra *superstring* (supercuerda) aparece en la revista *Nature* en 1985 y desde entonces lo hace con una frecuencia de 3,75 veces por año; “Anthropocene” hace su salto a la fama en 2002 justo en la misma publicación y, en menos de una década y media, ha alcanzado una frecuencia anual de 12.87. En Google Scholar: 46,000 entradas, pero entre 1980 y 2001 solo fueron 864. ¿Podemos decir que “antropoceno” es un término que se ha consolidado en la comunidad académica a pesar de su reciente aparición?

Sí. Sin embargo, su consolidación ha traído un debate mucho más grande de lo que suelen conllevar la mayoría de los términos científicos. Tal vez se trate de una controversia que no se veía desde el siglo XIX, con los conceptos acuñados por Darwin y Charles Lyell. Y, de cierto, es la mayor discusión en la que toma parte la estratigrafía, el estudio e interpretación de las rocas estratificadas, desde que los Álvarez postularon que un meteorito acabó con los dinosaurios.

En palabras llanas, antropoceno se define como la época en que el impacto causado por los seres humanos en el planeta adquiere la magnitud de una fuerza geológica. Es decir, una fuerza capaz de modificar tanto el paisaje como los ciclos biogeoquímicos, la distribución y abundancia de las especies (y su extinción), la composición atmosférica, las corrientes marinas, etcétera, dejando un

rastro claramente identificable: el plástico, la capa de concreto, el aumento en la concentración de CO<sub>2</sub>, la acidez de los océanos, el polen y las excreciones de especies introducidas en todos los continentes (el maíz, el trigo, el ganado...). A primera vista parece que el concepto queda claro, pero, si lo piensa un poco, verá que no lo es tanto.

En la arena meramente científica el debate se ha dado entre el bando de los geólogos y estratígrafos y el bando de los científicos que estudian desde otras áreas el calentamiento global. Los primeros (como Whitney Autin y John Holbrook) han dicho, en resumen, que si bien el término tiene ventajas evidentes desde el punto de vista social, también es necesario seguir los procedimientos propios de la ciencia para fechar su inicio, establecer los criterios —si los hay— para definirlo y encontrar eso que llaman el *golden spike* o “clavo dorado”, el sitio y el punto donde se establece sin lugar a dudas el cambio de época geológica. En el caso de la extinción de los dinosaurios, por ejemplo, tuvieron que pasar varios años entre la formulación de la hipótesis de los Álvarez, el análisis de los estratos de Gubbio (Italia), el hallazgo del cráter de Chicxulub y el acuerdo de que el *golden spike* estaría en El Kef, Túnez.

En respuesta, el bando de científicos que estudian el calentamiento global (como Paul J. Crutzen, quien diera fama al término y antes ganara el Nobel de Química junto con Mario Molina y Sherwood Rowland por su estudio sobre el adelgazamiento de la capa de ozono) ha aportado toda una serie de criterios sobre cómo y dónde se puede buscar este cambio. Pero es justo aquí, en el criterio que se prefiere para buscar, donde el debate se va volviendo político.

Se ha propuesto: a) el antropoceno es igual al holoceno (William

## ARTES VISUALES

# (Todos) somos con el otro



**TANIA MARÍA CARRILLO GRANGE**

os debemos una reflexión en torno a la justicia y el sistema que la comprende, sobre todo en un país como el nuestro donde la desigualdad

alcanza cifras alarmantes y las estructuras de poder parecen orillar a los más vulnerables a la infracción de leyes que de inicio son excluyentes. Cómo hacer de esta preocupación particular algo en común es la intención que se advierte en *La propagación del mal*, primera muestra de *Culturas Disidentes. Concurso para la investigación y producción interdisciplinaria*, convocado por el Centro Cultural de España en México y el Centro Cultural Border.

De acuerdo con los textos curatoriales de Marialy Soto, la propuesta pretende visibilizar desde una perspectiva antropológica la tipificación de delitos y la forma en que se constituyen las identidades normativas para formar un orden social —el nuestro, el de “la sociedad mexicana”—. La exposición, por ello, abre con estas líneas: “el poder [...] determina que son solamente los ciudadanos mexicanos que se ciñen a sus modernas normas los que tendrán la satisfacción de construir esta tierra nuestra. Todos los demás somos el otro [...]”. Así comienza un recorrido que indaga cómo se han constituido



Ruddiman), ya sea por el impacto de la agricultura o por la extinción de la megafauna hace unos once mil años, desde entonces la humanidad y los prístinos cazadores-recolectores son una fuerza geológica; b) comienza con el Renacimiento (Simon L. Lewis y Mark A. Maslin) y habría que llamarlo “capitaloceno” (Jason W. Moore), pues con la invención del capitalismo inicia la verdadera devastación; c) arranca en la Revolución Industrial, pues entonces se comienzan a incrementar los niveles de CO<sub>2</sub> atmosférico (Paul Crutzen); d) principia con la “gran aceleración”, después de 1945 (Colin Waters, Will Steffen), pues ahí de verdad inicia la debacle y la presencia de isótopos radioactivos artificiales (las bombas atómicas) es contundente.

Estas cuatro opciones son posibles, aunque cada una tiene sus consecuencias políticas: a) es nuestra naturaleza, no hay nadie a quien culpar y, como dijera José López Portillo, “la solución somos todos”; b) es culpa de un sistema económico en particular y del imperialismo colonial de unos cuantos, sobre ellos cae la responsabilidad de la solución; c) es culpa de un cambio tecnológico específico (la máquina de vapor) y, por tanto, la solución habrá de ser tecnológica (y, por ende, primermundista); d) es culpa de todos, ¿ven?, desde que se empezaron a desarrollar los países tercermundistas todo va para peor, así que hay que jalar parejos.

En este sentido, el *golden spike* de los estratígrafos se vuelve pretexto para otro debate, que en realidad tiene que ver con lo que estamos dispuestos a realizar para seguir en este planeta.

¿A qué tipo de investigación se le deben asignar más recursos? ¿Qué cambios tenemos que hacer en nuestros sistemas de producción y consumo? ¿Quién tiene que designar más recursos y qué implicaciones políticas, sociales y económicas conllevaría hacerlo? En suma, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de “calidad de vida”?

Por lo pronto, el término antropoceno ya está ahí, en la mesa de discusión, y ha logrado que humanistas, científicos sociales y naturales tengan un punto en común para dialogar. Tal vez este sea el primer paso para que, como mencionaran Silvio Funtowicz y Jerome Ravetz, se consolide una “ciencia posnormal” donde el riesgo social (a corto, mediano y largo plazo) y la responsabilidad de los actores (políticos, empresarios, etcétera) sean parámetros insoslayables.

Si a mí me preguntaran, yo propondría 1492 como inicio del antropoceno: una fecha que deja en claro no solo la conversión ilusa de nuestra idea del mundo como fuente inagotable de recursos, sino también, y más importante, el inicio de una masacre sistemática por parte de unos grupos de seres humanos sobre otros.

Si la fecha de inicio no ha de apuntar a la presencia de sedimentos —como señalan los geólogos— sino a las causas —como lo hace el resto—, transformar la épica colonialista en una historia de la destrucción sería un buen punto de partida. Además, sí hay cambios claros en los sedimentos. —

**LUIS FELIPE LOMELÍ** es novelista y ensayista. *Okigbo vs. las transnacionales y otras historias de protesta* (La Perea Ediciones, 2015) es su libro más reciente.

los enemigos del Estado nación y de qué manera estos quedaron suprimidos de toda posibilidad de justicia, es decir: quiénes son esos “criminales” y cómo fueron empujados a esa situación.

En las primeras salas se exponen objetos que aluden a la configuración histórica del “delincuente”: documentos e imágenes del archivo de la Cárcel de Belem y la penitenciaría de Lecumberri dan cuenta de los criterios y valores establecidos desde un Estado moderno; unos cráneos masculinos estudiados y medidos a principios del siglo xx con el fin de registrar las anomalías físicas de aquellos “criminales”; y, más adelante, un par de fotografías que comparan las diferencias fisonómicas entre el rostro de un hombre afrodescendiente y uno blanco, y entre el de una mujer indígena y una caucá-

clusión económica? ¿Dónde están las mujeres criminales o criminalizadas? Desafortunadamente, la exposición apenas se plantea esta última pregunta.

Pese a la urgencia del tema y al trabajo de una curaduría interdisciplinaria que recrea ambientes carcelarios para apelar a la empatía, la exposición no tiene suficiente consistencia. En esto radica su debilidad. Aborda la problemática desde un ángulo donde cualquiera que haya estado en la cárcel es homologado por su condición de preso. Descuida de esta manera las diferencias específicas de historicidad y espacio; las coyunturas políticas y sociales; la transformación de los discursos y las condiciones marcadas por la clase, la etnicidad y el género; e incluso pasa por alto que existe una construcción histórica del sistema penal

rico: David Alfaro Siqueiros, William Burroughs, Juan Gabriel y el agricultor preso por robo se presentan como sujetos “delincuentes”, aunque debería estar claro que no juegan en la misma casilla del tablero de la exclusión. Por otra parte, entre los personajes históricos no se incluyó a ninguna mujer, ni se consideró a los menores infractores, más allá de una que otra alusión.

Sucede algo parecido en las dos últimas salas: en una se simula un cuarto de interrogatorio donde se pueden leer copias de las actas de los hombres (en su mayoría) y las mujeres (solo en un par de casos) que enfrentaron cargos irregulares y arbitrarios; en la otra están los fragmentos del diario de un preso del Reclusorio Varonil Oriente al lado de una instalación visual sin cédula. Desconcierta, pues, la visibilización parcial de la injusticia, y por ello no cobra fuerza como denuncia. En este sentido, hace falta conducir y acompañar a los que transitamos por la muestra con un contenido que, al incitar la indignación y la empatía, también invite al acto ético.

Emmanuel Levinas escribió en *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*: “El Otro es el Otro. El Otro en tanto que otro [...] se sitúa en una dimensión de altura y de abatimiento [...]; tiene la cara del pobre, del extranjero, de la viuda y del huérfano y, a la vez, del señor llamado a invertir y a justificar mi libertad.” La alteridad no es homogénea, precisamente en esto radica su riqueza y complejidad: todos somos *otros* y, mejor, todos podemos ser con el otro. Me inquieta por ese motivo el nombre de la exposición; sugiere un juicio de valor que no estoy segura de haber resuelto una vez concluida la visita. Aunque en apariencia es una afrenta irónica y crítica al orden que castiga a individuos excluidos y marginados, no les termina de hacer justicia. En cambio, los vuelve ambiguos y, por lo tanto, los condena de nuevo. —

**TANIA MARÍA CARRILLO GRANGE** es historiadora del arte y socióloga. Ha colaborado en el departamento de educación del Museo Tamayo.



sica, que además se acompañan de instrumentos para hacer craneometrías. El panorama retrata los esfuerzos que una nación hizo para fundarse en la superioridad racial por medio de la ciencia y la medicina, atribuyéndole mayor incidencia delictiva a las “razas inferiores” (en suma, criminalizando la raza y, en consecuencia, la pobreza).

Pero ¿cómo resuena esto hoy? ¿Cómo se han perpetuado o modificado esas clasificaciones y discursos? ¿Quiénes son “los criminales” en el siglo XXI y cómo se define su criminalidad? ¿Qué pasa con el narcotráfico y los jóvenes que en ocasiones forman parte de ese sistema para salir de la ex-



**LA PROPAGACIÓN DEL MAL** estará abierta al público hasta el 25 de febrero en el Centro Cultural de España en México.

de nuestro país y, por lo tanto, que el México contemporáneo está hecho de nuevos conflictos y realidades.

En particular, llama la atención la reproducción del Hemiciclo a Juárez, ubicada en la tercera sala, que muestra personajes heroicos de la historia oficial, retratados junto a sujetos sin rostro que representan delitos y alegorías. En esta imagen se evidencia el aventurado amalgamamiento teó-

## POLÍTICA

# Un mapa propio

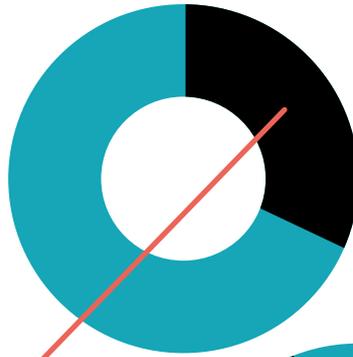


TATIANA TELLES CALDERÓN

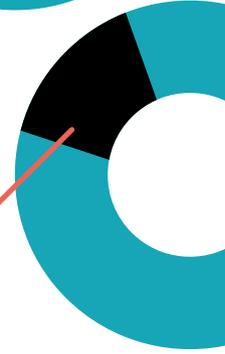
Iba Esther Gordillo fue jefa delegacional de la Gustavo A. Madero. No se trata de un dato muy conocido, es verdad, pero incluso quien

se adentre a indagar más sobre él va a encontrarse con inexactitudes. El nombramiento, de acuerdo con un artículo publicado en *Expansión*, fue en 1988 y vino directo de Carlos Salinas de Gortari, “aunque solamente estuvo en el cargo cuatro meses”. No obstante, una crónica de *Proceso* sobre el ascenso de Gordillo a la secretaría general del PRI menciona que en abril de 1989 todavía era delegada. No queda claro dónde está el error, aunque las discordancias son comunes a la hora de investigar las biografías de las mexicanas en el poder. Y esto en parte se debe a que la mayoría de ellas no han contado sus propias historias.

Para echar luz en esa zona de omisiones e información contradictoria, Georgina Cárdenas Acosta ha querido trazar, en *Mujeres gobernando lo local*, un mapa de la participación de las mujeres como titulares de los poderes ejecutivos estatales y municipales en nuestro país. Presentada como parte de su trabajo en el Centro de Investigaciones y Estudios de Género de la UNAM, la investigación hace un conteo de las presidentas municipales que han gobernado desde 2005, aunque Cárdenas Acosta cuenta con información desde 2002. Retomando el caso de Gordillo, una de las aportaciones más valiosas del estudio es que permite llevar un mejor control de la historia de las mujeres en la política. Poco a poco, a través de este mapa,



El **35** por ciento de las presidentas municipales en el país llegaron por coalición.



El **15.63** por ciento de las capitales son gobernadas por mujeres.

El mayor porcentaje de municipios gobernados por mujeres tienen entre 5,000 y 19,999 habitantes.



El segundo partido con más presidentas municipales es el PRI con



Hubo **349** presidentas municipales y jefas delegacionales en 2017

es posible establecer relaciones entre datos y contextos echando mano de información que, en ocasiones, no está disponible en otras fuentes.

Ahora sabemos, por ejemplo, que entre el 2002 y el 2017 el total de presidentas municipales aumentó de 92 a 349; esto es, que las mujeres pasaron de gobernar el 3.7% al 14.28% de los municipios. Estas cifras recuerdan a las del acceso a los escaños legislativos antes de que se introdujeran las cuotas de género, lo cual deja ver una paradoja.

Si bien su presencia en el poder legislativo de nuestro país es una de las más altas en el mundo —debido, insisto, a las cuotas—, las mujeres han tenido una escasa participación en el ejecutivo local y federal. No es la única paradoja: en los países de América Latina donde han gobernado presidentas, la entrada de las mujeres al nivel ejecutivo es más bien baja —en la Argentina del 2015 apenas llegaron a ocupar el 20% de los gobiernos locales—. Estas “contradicciones” confirman la urgencia de investigar a profundidad la presencia de las mujeres en la política.

Otra buena razón para analizar el mapa de Cárdenas Acosta es el tipo de preguntas que suscita. La mayoría de los municipios gobernados por mujeres en 2002 son de baja marginación, mientras que en 2017 prevalecieron en los de alta marginación; un dato relevante que serviría para investigar los diferentes factores que inciden en la entrada de las mujeres al poder. En este sentido, sería bueno contrastar el mapa de *Mujeres gobernando lo local* con otros registros sobre la violencia de género en el acceso a la política.

Es curioso —por decir lo menos— que esta compilación de nombres y años no esté disponible en otras fuentes. La labor de distinguir las estadísticas por sexo es una obligación estatal de acuerdo con la Plataforma de Acción de Beijing, adoptada por México en 1995, y el artículo 36 de la Ley General para la Igualdad entre Mujeres y Hombres. Sin embargo, en la práctica esta tarea se ha llevado a cabo de manera deficiente.

Veamos algunos ejemplos: el Instituto Nacional de las Mujeres se encarga de elaborar el Sistema de Indicadores de Género, que muestra las estadísticas de la participación local de las mujeres, pero se limita al año en curso; el Instituto Nacional de Estadística y Geografía publica el anuario titulado *Mujeres y hombres en México*, pero sus datos suelen ser del año pasado al de la publicación; el Instituto Nacional Electoral cuenta con la sección en línea “Mujeres en cargos

de elección popular” que solo presenta información sobre el poder legislativo. Por otro lado, la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, en quien recae la facultad de vigilar el cumplimiento de la política nacional de igualdad, lleva un sistema de “indicadores de igualdad” que no monitorea a las mujeres que ocupan cargos públicos. Finalmente, se puede consultar, uno por uno, a quienes gobiernan en los 2,446 municipios del país en el Sistema Nacional de Información Municipal del Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Municipal, sin embargo, sus resultados apenas indican el nombre de las personas, y no su sexo, lo que hace ambiguos algunos casos como los de “María José” y “Guadalupe”, y en ocasiones los datos de contacto de los municipios no están actualizados o son de difícil acceso.

Al respecto, Cárdenas Acosta advierte que las mediciones en este tema son esporádicas y carecen de continuidad. Más bien, son números que se sacan a colación cada 8 de marzo —cuando se celebra el Día Internacional de la Mujer— y cada 25 de noviembre —el Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer—. Por ello, recae en la academia la tarea de rastrear las huellas de la participación de las mujeres en la política.

En alguna ocasión, ante las alumnas de la Universidad de Cambridge, Virginia Woolf conjeturó que el pensamiento y los hábitos de la mujer isabelina debían estar *por ahí*, “esparcidos quién sabe dónde”. Insinuaba de ese modo que alguien tendría que *buscar* esa información, porque no estaba simplemente a la vista. Lo mismo sucede con la participación de las mujeres en la política. Varios organismos gubernamentales publican cifras sobre el tema, pero lo hacen en el mínimo nivel requerido. El gobierno cumple pero no cumple —otra paradoja—, mientras las mujeres seguimos esperando un mapa propio, una historia política propia. —

**TATIANA TELLES CALDERÓN** estudió relaciones internacionales en el ITAM. Es feminista y consultora en igualdad de género.

# La conversación ahora continúa en los móviles.



## LETRAS LIBRES

